

25 Die



SOCIALISMO HOY: MEDIO SIGLO; 4 PAISES

Por

**Miguel Angel
Granados Chapa**

A nadie debe llamar la atención que se estudien las realizaciones del socialismo marxista en el mundo. Después de todo, más de un tercio de la población mundial habita en naciones donde ese sistema social, económico y político es la doctrina oficial. Y muchos miles de hombres más, en otros países, luchan por instaurarlo donde no lo está. En cuanto fenómeno social, humano, es por lo tanto digno de interés. Pero hay más. El marxismo se presenta como una filosofía materialista que por lo mismo niega en última instancia la existencia primaria y necesaria de un Creador espiritual. Y los gobiernos inspirados por aquél han tenido a menudo actitudes antirreligiosas. Esta relación del marxismo, y de sus realizaciones históricas concretas, con la religión, hacen su estudio doblemente interesante y útil para el creyente en Dios.

La primera concreción histórica del marxismo se consiguió en 1917 en Rusia, cuando los bolcheviques, triunfadores en la guerra parlamentaria y civil que se estableció luego de la caída de los zares, se apoderaron del gobierno. Durante lustros, Rusia fue el único país organizado de

acuerdo con las doctrinas de Karl Marx, interpretado primero por Lenin y más tarde por Stalin. Aprovechando, en términos generales, las coyunturas que dejó el fin de la guerra de 1939-45 en Europa Oriental, la ya entonces Unión Soviética propició —o impuso— el socialismo en Polonia, Bulgaria, Albania, Alemania Oriental, Rumania, Checoslovaquia, los países bálticos y Yugoslavia.

En 1949, el marxismo saltó al extremo oriental de Asia, en forma de gobierno: Mao Tse-tung hizo culminar entonces una larga y penosísima jornada de los marxistas chinos (iniciada en los años veintes), con la toma de Pekín y la instauración de la República Popular China, que pronto extendió su influencia a Manchuria, Mongolia, Corea (más tarde dividida en dos) que se hicieron socialistas también. Diez años más tarde, al comenzar 1959, un grupo de guerrilleros barbados arrojó del poder en Cuba al ex sargento Batista e instaló lo que vendría a ser el primer gobierno socialista del Continente Americano.

No obstante su común reconocimiento al marxismo como fuente de sus prácticas y tesis sociales, los países socialistas están hoy lejos de tener unidad monolítica. A despecho de los esfuerzos soviéticos por evitar la dispersión, hoy se pueden reconocer diversas formas de aplicar el socialismo. Procediendo un poco esquemáticamente, puede hablarse de cuatro "estilos" del marxismo de hoy: el que se da en la Unión Soviética, origen y punto de referencia de los tres restantes, que son: el de China Popular, el de Yugoslavia y el de Cuba.

Estos "estilos" no difieren solamente en la doctrina, respecto de asuntos tales como el mayor o menor respeto por los derechos individuales frente a las necesidades colectivas; las formas de organización económica; la actitud ante los países capitalistas; las relaciones, en éstos, con las agrupaciones no marxistas; la posibilidad del tránsito del capitalismo al socialismo sin pasar por el comunismo, etc.

Por otra parte, China acusa a los jefes soviéticos de "nuevos zares", coludidos con el imperialismo capitalista; tacha de revisionistas a los yugoslavos —en lo cual coincide con los rusos—; "provocadora" llama el Kremlin a China, al paso que recomienda la vía pacífica para llegar al poder; disiente Cuba en este punto de los rusos y hace intentos por "exportar" su revolución, al paso que rechaza cualquier colaboración con los Estados Unidos; lo que no sucede, en cambio, con Yugoslavia, que comercia y celebra tratados de asistencia técnica y económica con el principal país capitalista del mundo. . .

Con todo ello, no puede negarse que la instauración del socialismo en la URSS hace 62 años; en Yugoslavia hace 24; en China hace 20; y en Cuba hace diez, ha transformado profundamente a esos países. En lo material, como primera instancia, y en muchos aspectos espirituales, el cambio ha sido formidable, positivo. Pueden y deben discutirse, sin embargo, algunas cuestiones relativas a esta transformación: su alto costo social y humano; el abatimiento del hombre, como individuo, en beneficio de la colectividad; el entorpecimiento o persecución de las manifestaciones religiosas y de los medios para su preservación, etc.

EL CASO SOVIETICO

En un examen del proceso de desarrollo soviético, V. Kasianenko describe las condiciones de su país antes de la Revolución, de las que dan idea estas consideraciones: "El porcentaje de Rusia en la fabricación mundial de los principales tipos de producción era muy pequeño: en acero, el 5.9; en mineral de hierro, el 5.5; en energía eléctrica, el 5.5; en máquinas el 2.9; en carbón de piedra el 2.4. Disponiendo de enormes riquezas naturales, la Rusia zarista producía per cápita 4.5 menos bienes materiales que Inglaterra y 3-3.5 veces menos que Francia o Alemania" . . . "En 1913, Rusia importaba el 43.6 por ciento de las máquinas que necesitaba" . . . "La industria pesada era la más atrasada en la economía" . . . "En el país casi no existían ciertas ramas importantes de la industria, como la construcción de automóviles y de maquinaria química" . . . (1). Y así era el panorama en toda la economía, sin contar con la amplia influencia del extranjero en ella.

En 1966, en cambio —últimas cifras disponibles— según informaciones de las Naciones Unidas, la URSS ocupa el segundo lugar mundial en producción de fibra de algodón; y el primero en algodón en grano; el primero en cebada, centeno, papas, lino y trigo, por lo que toca a la agricultura; el tercero en ganado bovino y porcino y el segundo en caballar y ovino; es el primer productor de leche del mundo y el se-

gundo de lana; el primero en madera en rollo; el cuarto en pesca, etc.

Es el primer productor mundial de carbón, hierro, magnetita, manganeso; y el segundo de petróleo crudo; es el primero en producción de azúcar, harina de trigo, mantequilla, sardinas enlatadas, hilos de lino; madera aserrada y varias clases de papel; lo es también de coque metalúrgico y superfosfatos, lo mismo que de cemento; encabeza la producción mundial de cobre, plomo y gas industrial y es el segundo en la de acero y electricidad, etc. (2)

Todo ello, sin contar con el avance de la educación, la cultura en general, la tecnología (de lo cual sus logros astronáuticos dan buena cuenta), la salubridad, la vivienda, etc., que colocan a la Unión Soviética como una de las dos potencias mayores del mundo —con los Estados Unidos— sólo medio siglo después de su edificación socialista.

EL CASO YUGOSLAVO

"La revolución yugoslava no derivó de la intervención foránea, o sea de la invasión militar del ejército rojo, como es el caso de Rumania, Bulgaria, Hungría, Polonia, Checoslovaquia o Albania, sino de un alzamiento masivo que involucró a campesinos, obreros y lo mejor de la intelectualidad de los pueblos serbio, croata, esloveno, macedonio y montenegrino" (3).

"El nuevo estado yugoslavo —confirma Djordjevich— es obra del pueblo yugoslavo, sobre todo de las clases trabajadoras. Pero no podría pretenderse que esta creación no haya experimentado también la influencia de otros factores, de orden exterior o internacional. Entre éstos hay que mencionar la lucha y la victoria de las Naciones Unidas contra el fascismo, la existencia del Estado Soviético, considerado en esa época como el primer estado socialista del mundo; la ayuda, directa o indirecta, de orden material y político, aportada por los grandes aliados. Entre los factores ideológicos hay que citar la teoría marxista de la revolución socialista y la edificación del Estado del pueblo trabajador, como Estado del período de transición del capitalismo al socialismo; hay que mencionar además los precedentes constituidos por la comuna de París y la primera República Soviética" (4).

No obstante que el desarrollo material de Yugoslavia es, guardadas las proporciones, tan impresionante como el de la Unión Soviética, no constituye, como en el caso de ésta, la realización más importante del socialismo. A partir de condiciones preexistentes a la revolución socialista, en Yugoslavia se adoptó un sistema de "democracia socialista" que pronto fue considerado como una herejía por el Kremlin, al grado que en 1948 Yugoslavia fue expulsada del mo-

vimiento marxista mundial. La peculiaridad yugoslava estriba en la coexistencia de dos tipos de propiedad y administración de los bienes de producción: la propiedad estatal y la de los productores, reunidos en cooperativas, que se autogestionan. La importancia de esta segunda clase de propiedad fue considerada lesiva para el papel que al Estado concede la doctrina leninista y por eso Yugoslavia se convirtió en el primer hereje del socialismo.

No pararon allí las heterodoxias del régimen de Belgrado. En el ámbito internacional, utilizó su rompimiento con Rusia para acaudillar una "tercera posición", el "tercer mundo", de países pobres opuesto al de las naciones opulentas —los Estados Unidos y la Unión Soviética, principalmente— y ejerció una especie de neutralismo activo que le permitió escaparse de los bloques. Reconciliada con Rusia durante la estancia de Kruschev en el poder, Yugoslavia conserva, sin embargo, su independencia —no forma parte, por ejemplo, ni del Pacto de Varsovia ni del Comecon, los instrumentos militar y económico con que la URSS sujeta a sus "aliados"— sin abandonar el socialismo marxista.

Otro hecho hace diferente a Yugoslavia del resto de las naciones socialistas de Europa Oriental: sus relaciones con la Iglesia. Después de un largo período de persecución, se produjo un viraje de 180 grados, que resultó en el establecimiento de relaciones diplomáticas con el Vaticano y la formulación de un "status" que permite a la Iglesia desarrollar con libertad su ministerio.

EL CASO CHINO

"China ha sido siempre una comunidad predominante agrícola. El marco normal (todavía no alterado en forma significativa), era de alrededor de tres cuartas partes de población ocupada directamente en labores agrícolas, en tanto que una proporción mucho mayor, probablemente cuatro quintas partes, dependía de la tierra. Pero una proporción muy grande del país (cerca del 90 por ciento de la Gran China y alrededor del 70 por ciento de China propiamente dicha) se consideraba incultivable y el total de la tierra potencialmente fértil no abierta aún al cultivo, era reducido. Durante la década de los treinta se consideraba que la proporción realmente bajo cultivo representaba alrededor del 27 por ciento de la superficie de China propiamente dicha; es decir, entre 240 y 250 millones de acres" (6).

"Cuando los comunistas tomaron el poder en 1949, la gran mayoría del país continuaba en la etapa de principios de la edad del hierro, como en los dos mil años anteriores. La técnica agrícola estaba atrasada y los rendimientos eran bajos. La mayor parte de la industria estaba formada por artesanos. Se había desarrollado lige-

ramente la industria moderna, de modo especial en los puertos de la costa oriental. Se había desarrollado la industria pesada en Manchuria. Pero a pesar de que se trataba de un núcleo eficiente, éste era pequeño y estaba devastado. Había empezado apenas en China la importante tarea del desarrollo industrial" (7).

"Una economía sumamente atrasada, con un volumen en extremo bajo de capitalización y pobre en técnicas industriales y agrícolas, se ha transformado, en un plazo de dos lustros, en una economía capaz de producir aviones, automóviles, barcos de carga, generadores eléctricos, locomotoras y tornos automáticos. En una economía en la cual se ha desarrollado un sector industrial digno de consideración y que crece a grandes pasos, en la que se mantiene una tasa muy alta de inversión, se han adquirido y aplicado las técnicas industriales más modernas y se empiezan también a aplicar los métodos agrícolas más adelantados. La producción de los principales artículos industriales ha crecido varias veces en relación con los niveles más altos obtenidos anteriormente y se han logrado grandes rendimientos en la producción agrícola. Sin embargo, los dirigentes chinos deben reconocer que su economía tiene todavía que recorrer un largo camino para alcanzar a las potencias industriales modernas" (7).

La reproducción de estos párrafos ilustra cómo, en el caso de China al igual que en el de la URSS, el crecimiento económico constituye una de las realizaciones más evidentes. Una interpretación de psicología colectiva conduciría a señalar otro logro: la afirmación de la nueva "personalidad" del pueblo chino, secularmente vejado y colonizado, en cuyo proceso se observa una actitud arisca, agresiva, propia de quien no ha conocido del extranjero más que humillaciones. El temor a la burocratización ha llevado, por otra parte, a las autoridades de Pekín a una revisión permanente de los principios en aplicación, a fin de evitar su anquilosamiento, por medio de una verdadera "revolución cultural", es decir, el permanente cuestionamiento de los preceptos del marxismo.

EL CASO CUBANO

Algo semejante ocurre, en fin, en Cuba. En este caso, los desarrollos materiales no corresponden todavía a los proyectos elaborados por los dirigentes. Pero se ha iniciado ya la transformación estructural de la economía. Se suprimió el monocultivo de la caña de azúcar y se establece y diversifica la industria. Las presiones sobre Cuba, semejantes a las que experimentó la Unión Soviética en su tiempo —recuérdese que hubo inclusive una intervención armada en territorio ruso, de las potencias europeas —lastran el desa-

rollo cubano. Pero no han impedido que, a semejanza de China, con quien suele identificarse, el régimen de La Habana esté llevando a la población a un fenómeno de autoafirmación histórica, consistente en saberse capaces de enfrentar un enemigo poderoso, y vencerlo (8).

CONCLUSION

No se puede negar que, sobre todo en la Unión Soviética, las realizaciones materiales propiciadas por el socialismo son de gran magnitud. Aun es posible citar logros espirituales notables: el acceso de grandes masas a la cultura y al arte, como espectadores y como practicantes. En algunas naciones socialistas hasta se ha superado un tanto el virulento combate contra las manifestaciones religiosas. Y sin embargo, cuando se observa el desarrollo como un todo, cuando se examina qué tanto se han desenvuelto todas las facultades humanas de una sociedad, se tiene que puntualizar la manera en que el socialismo falla, y cómo sus quiebras le impiden ser el gran sistema que la humanidad requiere para su desarrollo cabal.

Entre las muchas objeciones que desde el ángulo filosófico podrían hacerse al marxismo, citemos, por vía de ejemplo, ésta que Jean Lacroix expone:

—“Parece que una dialéctica puramente temporal, como la dialéctica marxista, se encuentra acorralada en una contradicción interna: le es necesario dar como fin de la historia el final de la historicidad, como finalidad temporal la detención de la dialéctica; o, en caso contrario, no le queda más que una dialéctica indefinida, sin término y sin significación, tan vacía como un proceso discursivo desprovisto de toda intuición. Lo que hay de más profundo en la historia espiritual de la humanidad es la comprensión del signo, y toda gran filosofía es una semiología: descubrir la clave del mundo y poder así revelar su lenguaje. Y la mística es, ante todo, sentido de los signos. El marxismo, vaciando al individuo de su interioridad y al mundo de su misterio, compromete su propia búsqueda: es una filosofía de la no significación y, literalmente, del sentido” (9).

Pero en estas páginas nos hemos ocupado de las manifestaciones históricas, como régimen social, del marxismo. A ellas hay que juzgarlas. Mencionamos ya la importancia de sus logros. Pero, como el propio Lacroix dice, “tanto para el marxista como para el cristiano, lo que hace que un medio sea bueno es la inmanencia y la presencia en él del fin. No digamos, pues, que el éxito justifica, ya que puede ser sólo un accidente de la historia. . . . Lo único que legitima es un éxito de larga duración que vaya en el sentido

de la historia y del progreso de la humanidad” (10).

Por otro lado, y aunque reconozcamos que muchas de las grandes fallas del socialismo marxista —escaso respeto por la vida humana, supresión de algunas libertades “tradicionales”, virulencia contra los poseedores, etc.— son pasajeras, propias de un proceso que no termina, hay otras que parecen inmanentes a él. Desde dos puntos de vista diversos, Milovan Djilas e Ignace Lepp han denunciado la creación de una nueva clase: la burocracia, que sustituye a la burguesía como explotadora de los proletarios, como sector privilegiado que se aprovecha del trabajo de éstos.

El dominio de la Unión Soviética, de otro lado, sobre sus “aliados” ha tenido también, por desgracia, varias evidencias. No puede menos que pensarse en los casos de Hungría y Checoslovaquia, donde la amenaza de opresión se hizo real; y en los de Yugoslavia y Rumania, sobre los cuales se cierne un peligro latente, para advertir que las prédicas del “internacionalismo socialista” son sólo eso.

Y hay que pensar, en fin, en el estalinismo. Dictaduras las ha habido con o sin socialismo. Quizá pueda decirse que las hay más en países antisocialistas. Pero el estalinismo —que parece habitar de nuevo en el Kremlin— es más que una dictadura: es el propósito definido de que el Estado, en vez de promotor del bien colectivo, se convierta, según la fórmula del propio Stalin, en el “Estado hacha” que corte cabezas, física y espiritualmente hablando, hasta el punto en que subjetivamente lo considere pertinente el hombre que, forzosamente, ha de encarnar al Estado.

NOTAS:

- 1) Kasianenko, V. *La conquista de la independencia técnica-económica de la URSS*, Moscú, Editorial Progreso, p. 10 y sigs.
- 2) Naciones Unidas. *Statistical Yearbook*, Nueva York, 1967.
- 3) Waiss, Oscar. *Problemas del socialismo contemporáneo*, Buenos Aires, Iguazú, 1961, p. 35.
- 4) Djordjevich, Jovan. *Yugoslavia, democracia socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 34.
- 5) Hughes, T. J. y Luard D.E.T. *La China Popular y su economía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, p. 12.
- 6) Idem p. 27.
- 7) Idem, p. 261.
- 8) Véase Boorstein, Edward. *La transformación económica de Cuba*, México, Nuestro Tiempo, 1969; y Huberman, Leo y Sweesy, Paul M. *El socialismo en Cuba*, México, Nuestro Tiempo, 1969.
- 9) Lacroix, Jean. *Marxismo, existencialismo, personalismo*, Barcelona, Editorial Fontanella, 1967, p. 82.
- 10) Idem, p. 47.